



LA EXPERIENCIA ANÓMALA DEL YO
EL EROTISMO EN MAROSA DI GIORGIO

Ana Llurba (Argentina) ¹

Devenir anómalo

En la obra de Marosa di Giorgio el yo lírico se manifiesta como un pronombre personal que transita un borde de experiencias anómalas. Lo anómalo ha sido entendido como diferencia constituyente, una excepción a una multiplicidad que la transforma y la enriquece al mismo tiempo: “A-normal: adjetivo latino carente de sustantivo, califica lo que no tiene regla o lo que contradice a la regla, mientras que an-omalía, sustantivo griego, designa lo desigual, lo rugoso, la aspereza, la punta de desterritorialización” (Deleuze y Guattari, 1988:298). En tal dirección, la anomalía siempre conjuraría las fronteras, los umbrales e intersticios, garantizando la extrañeza en tanto índice certero de lo real.

De acuerdo con la bio-estética deleuziana, el animal es lo anómalo. Sin embargo, no se lo consideraría desde su relación de alteridad con el hombre, es decir, al animal en tanto especie dominada, o en tanto viviente menor, frente a esa especie dominante mayor que sería el hombre. Deleuze se interesaría en él, como afirmara Sauvagnargues (2006:140) “como fenómeno anómalo, como fenómeno de borde, como devenir que permite a la humanidad pensar la cultura en términos de pluralidad y a la vida en tanto diversidad de marchas y de ethos”. En tal sentido, consideramos que, en los pasajes eróticos de la obra de Marosa di Giorgio, se evidenciarían los efectos de una subjetividad anómala, en la voz de un sujeto de la enunciación que es arrastrado en un flujo de intensidades continuo y reversible entre lo animal, lo vegetal y lo humano. Por lo tanto, intentaremos indagar la experiencia anómala del erotismo como posición imposible del sujeto en la obra de esta poeta y narradora uruguaya.

¹ Licenciada en Letras Modernas por la Univ Nacional de Córdoba, Argentina. Actualmente cursa un Master en Literatura Comparada y Estudios Culturales en la Universidad Autónoma de Barcelona y participa en equipos de investigación de ambas universidades

Una subjetividad anómala: el deseo y la experiencia del yo

La escritura de Marosa di Giorgio suele deambular por los contornos entre los discursos lírico y narrativo. Y eso por que una irreprimible voluntad de experimentación poética con el lenguaje, singularizadora del conjunto de sus relatos, poemas y su única novela, difumina los umbrales, arrastrando los límites de las casillas genéricas. Tal desdibujamiento de las fronteras entre los géneros parece replicarse en la disolución que aqueja al sujeto enunciador de sus relatos eróticos, el cual aparece inmerso en un flujo de intensidades continuas: “No podría olvidar esa col. Carnuda, con rápidos alones, pareció ofrecer alguna suerte de virilidad a su feraz derrame”(RA:101). Así, la experiencia de encontrar la virilidad masculina en un coliflor, es decir, el deseo transfigurado en la atracción sexual hacia una planta, nos advierte de una operación de despersonalización de la escritura, donde el yo lírico parece convertirse en un medium, a través de quién se expresarían afectos impersonales, y no sentimientos subjetivos.

Y, de tal modo, la escritura de di Giorgio parece impugnar la reducción simplista del género poético a la expresión de los estados del yo. En tal sentido, como afirmara Broda (2006:11) “No es la cuestión del yo la que plantea el lirismo, como se ha creído durante demasiado tiempo, sino más bien la del deseo, a través del cual accede el sujeto a su carencia de ser fundamental”. Sin embargo, la idea lacaniana que subyace en las premisas de esta autora, la noción del deseo como carencia, resulta insuficiente para preguntarnos quién (o qué) es el yo que se expresa en los pasajes eróticos de Marosa di Giorgio. Éste aparece, más bien, como efecto de una subjetividad anómala, entendida como “variedad de relaciones e intensidades de potencia” (Sauvagnargues,2006:14). Y, así es como, los efectos de la subjetividad dejan de ser atribuidos a una esencia del hombre o a un sujeto sustancial y, el deseo como “plenitud, ejercicio y funcionamiento” (Deleuze-Guattari, 1989:84) se manifestaría en esta escritura, inventando líneas de fuga, en la voz de un yo, soporte precario de una potencia impersonal, pre-personal o pre-subjetiva.

Una cartografía de lo anómalo: la etología de los cuerpos en Marosa di Giorgio

Si el deseo cartografía, en su flujo nómada, un mapa de intensidades, el cuerpo es el lugar donde se manifiestan los efectos de esta subjetividad anómala. De tal modo, las expresiones del mismo se configuran como el topos donde se sustituye una antropología por una etología. Comprendemos a ésta no exclusivamente como la ciencia del comportamiento animal sino como “dominio molar privilegiado para mostrar de qué modo los componentes más

diversos, bioquímicos, comportamentales, perceptivos pueden cristalizar en agenciamientos que no respetan ni la distinción de órdenes ni la jerarquía de las formas” (Deleuze y Guattari, 1988: 414-415). Por lo tanto, una cartografía de lo anómalo se manifestaría en esta extensión de la experiencia del sujeto a modos vitales no humanos, donde el yo lírico suele poner huevos, como si cada individuo recapitulara, en su cuerpo, el desarrollo de las especies vegetales y animales: “Algún huevo negro. Caliente, rojo, adentro de los brezos. Puse otro. Se oía mi cacareo fúnebre adentro del brezal” (M:23). Así, el yo lírico *deviene* animal, cuando la experiencia del sujeto impugna un adecuamiento categorial definitivo entre lo animal y lo humano:

Me había aficionado a algunos animales. Las manadas dejaban lobos en el pueblo. Todas las niñas eramos sus pretendientes (CP: 21)

No nos podíamos separar. Él tuvo que partir algo como un cordón umbilical. Pero, me mascó de nuevo, y otra vez. Decía:- Díos mío, ¡ah!

Dije:-Soy yo la que va a parir lobitos. (CP:23)

De tal modo, el yo es arrastrado en un flujo continuo de deseo, traspasando las fronteras de lo humano para *devenir animal*. Pero, no como imitación o representación del animal, sino como *una captura, una posesión, una plusvalía*. Lo cual no significaría el traslado de las características del hombre al animal, o viceversa, sino ir más allá de un límite, un umbral:

Devenir animal consiste precisamente en hacer el movimiento, trazar la línea de fuga en toda su positividad, traspasar un umbral, alcanzar un continuo de intensidades que no valen ya por sí mismas, encontrar un mundo de intensidades puras en donde se deshacen todas las formas, y todas las significaciones, significantes y significados, para que pueda aparecer una materia no formada, flujos desterritorializados, signos asignificantes (Deleuze-Guattari, 1989:24)

Si deviniendo animal/anómalo es como el sujeto poético se manifiesta en escritura de Marosa di Giorgio, ese flujo continuo de deseo continuo y reversible entre lo humano y lo animal/anómalo desterritorializaría, además, los umbrales entre un adentro subjetivo y un afuera objetivo.

De este modo, en el relampagueante prólogo introductorio a *Misales* (2005:11) el sujeto enunciador parece experimentar un continuo de intensidades: “Al capuchón en que habito, desde muy lejos, me llegan el latir del mundo, sus silbidos y alaridos, con los cuales me atreví a armar, soñando, estos gajos, estas misas con luz violeta”. Y así, un ensayo de experiencia

anómala entre lo humano y lo vegetal (los gajos que produce en lugar de relatos y el capuchón, cual un capullo donde vive el yo) parece permear la experiencia del sujeto. Se objeta, en tal dirección, la dicotomía entre un interior orgánico sentimental y un exterior objetivo, desterritorializando, es decir, de-codificando el territorio¹ de lo íntimo, como un presunto “contorno intocable de la experiencia”. Una desterritorialización en la cual el yo deviene una inquietante reverberación molecular entre lo animado y lo inanimado, lo humano, lo animal y lo vegetal, derrotando toda expectativa antropomorfa.

El erotismo como devenir anómalo

En esta etología de los cuerpos, cartografiada por la escritura de di Giorgio, se manifestaría una transición del estado normal al deseo erótico como una fascinación por la violencia y la muerte. Si el erotismo, desde Bataille (2007:22), ha sido considerado como *aprobación de la vida hasta en la muerte*, en tal dirección, la fuerza disruptiva del impulso erótico radicaría, en la obra de la escritura uruguaya, en la afirmación de una voluntad de extinción del otro, donde el aniquilamiento y la muerte aparecen como analogías del acto sexual:

Yo maté un animal. Con un cuchillo le levantaba las gruesas tapas. Eso también son bodas. Él había hecho un trote miedoso, tuvo terror, pidió perdón, ofreció resistencias. Fue un asunto, largo, de amor. Al ser asesinado daba temblores lúbricos. Parecía que pecábamos juntos; jadeábamos, nos mirábamos. Sus ojos no se apartaban de mí. Él tuvo un terrible sacudón en la entraña antes de morir.(CP:44)

Esta voluntad de aniquilamiento del otro se manifiesta, además, como una experiencia erótica donde la devoración y el consumo del otro se identifican con el acoplamiento sexual:

La arrastró al lugar más hondo de la cueva. Le lamió la cara. Ella se sonrió. Le hizo los mimos íntimos muy adentro. La médula de ella dijo: ¡ay!...¡aaaaay! Cantó cual mandolina, se la oyó en el aire. Ahí le

¹ La noción de territorio, como afirmara Zourabichvili (2007:42) se relaciona con la cuestión del espacio, aunque no implica la delimitación objetiva de un lugar geográfico: “El valor del territorio es existencial: circunscribe para cada uno el campo de lo familiar y lo vinculante, marca las distancias con el otro y protege del caos(...) El trazado territorial distribuye un afuera y un adentro, a veces percibido como el contorno intocable de la experiencia, otras frecuentado activamente como su línea de fuga, por lo tanto, como una zona

comió la cabeza. De golpe y a pedacitos. Luego le durmió un rato sobre el corazón (CP:14)

El alma de la doncella se le escapaba por la boca como una cinta celeste y a veces negra, que salía y salía. Él tiraba y tiraba y se la empezó a comer.

Y le comió todo el alma. (M:35)

De tal forma, en esta expresión del impulso erótico como devoración del otro, la experiencia del sujeto se extiende a modos vitales no humanos, deviniendo animal/anómalo. Y, así es como, el erotismo deviene anómalo en la obra de di Giorgio, manifestándose como una experiencia de aprobación y continuidad de la vida, en todas sus *anomalías*, hasta en la muerte.

Efectos incorporales: la desterritorialización de la violencia erótica

La violencia erótica que permea la obra de di Giorgio es intercambiable y reversible. Y el impulso erótico no parece manifestarse como la causa de la acción voluntaria de un sujeto hacia un objeto. Así, el erotismo se expresaría en el tránsito de un estado normal al deseo erótico, en términos de Bataille (2007:22) como una *disolución de las formas constituidas*. Esta disolución alteraría la relación entre el sujeto y el otro, ya que el primero parece constituirse a sí mismo como ofrenda y oficiante del sacrificio erótico. Y así, sacrificar al otro para ofrecerse, también, como objeto de destrucción en el mismo acto:

Quedé trémula, irradiada de algo que venía del Animal a mí. ¿Qué hacer? Recordé que en casa decían desde remotos años, que había un animal hecho con hibiscos.

Ahora estaba aquí.

Me tendí a su lado, empecé a vibrar, a contorsionarme; mis pezones crecieron largos como lápices, querían llegar al Animal hecho sólo con hibiscos; me ardía el ombligo, el clítoris. Entonces, me levanté y arranqué algunas de las flores más íntimas del Animal hecho sólo con Hibiscos, me volví a tender, puse las flores adentro de mi vulva, las empujé más adentro. Sentí, primero, desazón, amargura, las tetas se me retrajeron.

De pronto, aquello, dentro de mí, empezó a moverse, a desplazarse, a

de experiencia”.

ubicarse, hacía como un barullo; se oía el trabajo, un perfume nunca oído y llegué al cielo en un minuto. (FL:15)

En este breve relato, se manifestaría un dualismo en el que el sujeto se convierte simultáneamente en ejecutor y ofrenda del sacrificio. Y la violencia erótica aparece como una experiencia de disolución del yo en la consumación de la unión con el otro. Tal unión asumiría, además, modos vitales no humanos, al practicar el coito y el auto goce por contagio, como la simbiosis de la abeja y la orquídea, o la contaminación aérea entre las plantas: “arranqué algunas de las flores más íntimas del Animal hecho sólo con Hibiscos, me volví a tender, puse las flores adentro de mi vulva, las empujé más adentro”. Así, el sujeto deviene lo anómalo, la punta de desterritorialización, de decodificación del territorio de la violencia erótica. En tal sentido, esta violencia expresa, además, una declinación de la relación de la causa y el efecto, donde el sujeto de las experiencias eróticas relatadas por di Giorgio se manifestaría como el frágil producto de estos *efectos incorporales*. Estos son las *casi-causas* de la tradición estoica², que impugnan la idea del acontecimiento como el predicado de la cosa. Inversión del platonismo que rehabilita Deleuze (1989:31) en su crítica a la lógica analítica:

“Lo que está operando, ante todo, es una separación completamente nueva de la relación causal. Desmiembran esa relación, rehaciendo esta unidad en cada lado. Remiten las causas a las causas, y afirman una relación de las causas entre sí. Remiten a los efectos a los efectos, y establecen ciertas relaciones de los efectos entre sí. Pero no de la misma manera: los efectos incorporales nunca son causas los unos en relación a los otros, sino solamente “casi-causas”

Así, en esta nueva causalidad erótica, inventada en la escritura de Marosa di Giorgio, el yo aparece como un *efecto incorporal*, una *casi-causa* que inventa una intimidad propia, en la que

² “La inversión del platonismo operada por el estoicismo consiste fundamentalmente en que el régimen ideal (de las Ideas), al ser un efecto de la relación entre los cuerpos (Copias) transforma esos ideales en incorporales. Tal procedimiento remite inmediatamente al lenguaje. Porque en el plano lingüístico es donde conseguirán expresar las causas. Este es el punto común que halla Deleuze entre la utilización de la paradoja por los estoicos, y la continuación del trabajo sobre las paradojas de Lewis Carroll. Los estoicos las utilizaron tanto para el análisis del lenguaje como para la síntesis dialéctica de los acontecimientos. Por lo tanto, no puede afirmarse, de ningún modo, que el acontecimiento sea el predicado de la cosa. Estrategia filosófica del estoicismo contra el platonismo: a la ironía (profundidad) en Platón oponen el humor (superficie), el disparate, el “devenir loco”; la esquizia, el sentido y el sinsentido, a la vez” (García,1999:56)

el sujeto se entrega a la ceremonia de la fragilidad y vulnerabilidad de sí mismo, declinando como el agente de la violencia. De tal forma, di Giorgio parece ubicarse más allá de la escritura feminista, al no denunciar la violencia erótica como violencia de género: “Yo parecía una pastora guiando, en cambio de una oveja, un lobo”(CP, pág.21). En cambio, en su obras, la violencia parece celebrar el devenir anómalo de la experiencia sexual, y esto se evidenciaría en la dualidad del sujeto, en su doble posición como objeto de destrucción y de entrega, que asigna al acto erótico su particularidad.

La experiencia anómala del yo: el erotismo en Marosa di Giorgio

Decíamos al comienzo, que el yo lírico aparece en la obra de di Giorgio transitando un borde de experiencias anómalas. Y, en tal sentido, el sujeto deviene en su escritura una punta de desterritorialización, es decir, un vector de desorganización del discurso, donde se advierten los efectos de una subjetividad anómala, como “variedad de relaciones e intensidades de potencia” (Sauvagnargues, 2006:14). Éste parece manifestarse en la voz de un yo, arrastrado en un flujo de intensidades continuo y reversible entre lo animal, lo vegetal y lo humano. Así, las conductas del cuerpo se configuran como una cartografía de lo anómalo, donde la experiencia erótica del sujeto se extiende a modos vitales no humanos. En tal operación de despersonalización de la escritura, los efectos de la subjetividad dejan de ser atribuidos a un sujeto sustancial. Y el deseo como “plenitud, ejercicio y funcionamiento” (Deleuze-Guattari, 1989:84), inventa líneas de fuga, en la voz de un yo, soporte precario de una potencia impersonal, pre-personal o pre-subjetiva.

Así, al devenir anómalo, el sujeto se libera de la culpa paralizante que le imprimen las instituciones y contempla con una vergüenza inocente, de ojos inhumanos, sin juzgar, ni evaluar la violencia erótica. Una experiencia que aparece decodificada como una transición del estado normal al deseo erótico como una fascinación por la muerte. Y, en tal dirección, la fuerza disruptiva del impulso erótico radicaría, en la obra de la escritura uruguaya, en la afirmación de una voluntad de extinción del otro, donde el aniquilamiento y la devoración aparecen como analogías del acto sexual. De tal forma, el yo aparece como un *efecto incorporal*, una *casi-causa* que, en la que el sujeto se entrega a la fragilidad de sí mismo, declinando como el agente voluntario y causal de la violencia. Y así, se manifestaría el erotismo como posición imposible del sujeto, en la experiencia anómala del yo fraguada en la obra de Marosa di Giorgio.

Abreviaturas

RA *Reina Amelia* (1999) Ed. Adriana Hidalgo. Bs As, Argentina.

- RM* *Rosa mística* (2003) Ed Interzona. Bs As, Argentina.
- FL* *La Flor de Lis* (2004) Ed El cuenco de plata. Bs As, Argentina.
- M* *Misales* (2005) Ed. El cuenco de plata. Bs As, Argentina.
- CP* *El camino de las pedrerías* (2006) Ed. El cuenco de plata. Bs As, Argentina.

Bibliografía

- Di Giorgio, Marosa (1999): *Reina Amelia*. Ed. Adriana Hidalgo. Bs As, Argentina.
- Di Giorgio, Marosa (2005): *Misales. Relatos eróticos*. El cuenco de plata. Bs As, Argentina.
- Di Giorgio, Marosa (2003): *Rosa Mística. Relatos eróticos*. Ed Interzona. Buenos Aires, Argentina.
- Di Giorgio, Marosa (2006): *El camino de las pedrerías. Relatos eróticos*. Ed. El cuenco de plata. Bs As, Argentina.
- Bataille, Georges (2007): *El erotismo*. Ed. Tusquets. Madrid, España.
- Broda, Martine (2006): *El amor al nombre. Ensayo sobre el lirismo y la lírica amorosa*. Ed Losada. Madrid, España.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix (1988): *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia II*. Ed. Pre-textos. Valencia, España.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix (1998): *Kafka: por una literatura menor*. Ed. Era. Mexico.
- García, Rafael (1999): *La anarquía coronada. La filosofía de Gilles Deleuze*. Ed. Colihue. Bs As. Argentina.
- Sauvagnargues, Anne (2006): *Deleuze. Del animal al arte*. Ed. Amorrortu. Bs As, Argentina.
- Zourabichvili, Francois (2007): *El vocabulario de Deleuze*. Ed. Atuel. Bs As, Argentina.